

calle a los bárbaros en número de algunos miles, con gran alegría de los habitantes romanos y del citado panegirista que lleno de júbilo dice que «con esta matanza quedó aniquilada la fuerza del pueblo franco.» Esto ya se comprende que no era mas que una de tantas exageraciones tan comunes en esta clase de autores.

La reconquista de Inglaterra despues de diez años de separacion fué para Roma un resultado importantísimo, porque solo destruyendo este nido de piratas francos, sajones, frisonos y otros aventureros incansables podia devolverse la paz y seguridad a las costas y aguas de la Galia, España, Africa, Italia y hasta el Mar de Azof, segun dice el panegirista con su habitual exageracion. En sus incesantes incursiones estos piratas habian devastado y despoblado todas las comarcas marítimas a su alcance, mientras que en su país, en Inglaterra, nadaban en la opulencia, tanto que desde allí pudo llevarse Constancio entre los prisioneros toda clase de hábiles artífices y prácticos en construcciones, conformeya dijimos antes. Grande fué pues la alegría que causó la recuperacion de esta isla y de la Batavia, que para los romanos estaban ya perdidas como si el mar se las hubiese tragado, y que a la sazón volvían a formar parte del imperio por los esfuerzos de Constancio. Los mismos gobernantes, Diocleciano, Maximiano y Constancio hicieron tambien muchísimo para la rehabilitacion de todos los fuertes y campamentos fortificados de los cordones militares del Rhin y del Danubio. Las murallas de Winterthur cerca de Zurich fueron reedificadas completamente en el año 295, habiendo sido destruidas probablemente por los alamanos.

En la Galia dominaban los francos tan completamente en muchas ciudades y distritos, especialmente en Autun, que estas comarcas se señalaban ya como «territorios bárbaros», y estaban tan devastadas, que no parecia sino que las olas del mar habian pasado por ellas. Este estado duró hasta 296, año en que fueron expulsados los invasores.

Segun la relacion del autor desconocido del panegirico de Constancio, es permitido admitir otra campaña de este genero contra los francos despues de la reconquista de la Bretaña, porque dice que fué a buscar las tribus mas distantes de la Francia, nombre que da ya a los territorios ocupados por los francos, no aquellas comarcas donde los romanos habian llevado sus armas otras veces, sino otras en lejanas playas de donde se llevó prisioneros a fin de que establecidos en los distritos asolados y desiertos de la Galia, sirviese a Roma en la paz con su labor del campo y en la guerra como soldados. Es decir que los germanos ya no solo servian a Roma como soldados, sino tambien como agricultores.

No se equivocaban los romanos respecto del centro, ó la cuna del pueblo franco que colocaban con mucho acierto en los distritos marítimos de las desembocaduras del Rhin, desde donde se extendió el nombre de francos a los pueblos del Rhin Medio y finalmente a los catos.

Constancio, dueño ya del mar, atacó probablemente a los francos en sus costas septentrionales, de donde debió de marcharse luego con los prisioneros hechos; pero antes de él ya habian penetrado allí las armas romanas; solamente que no habian establecido plazas ni guarniciones permanentes. Tampoco las estableció Constancio, cuya victoria en aquel país no escarmentó a los francos que luego volvieron a penetrar en la Batavia, ni a las colosales masas de tribus germánicas que aprovecharon la congelacion del Rhin para pasar sobre el hielo a la misma isla bátava y a otras comarcas. Por su desgracia, de repente deshelo el rio y la escuadra imperial que estaba a mano cerró a los invasores el paso, de suerte que no tuvieron mas remedio que rendirse; sacando de entre sí ellos mismos a la suerte el número de prisioneros

que pidió el general para permitir a los restantes el libre regreso.

En noviembre del año 303 celebraron Diocleciano y Maximiano con una fastuosa entrada triunfal los veinte años de su gobierno. En 1.º de mayo del año 305 abdicaron los dos, y en la consiguiente division de poderes recibió Constancio con el titulo de Augusto las provincias de la Galia, España y Bretaña. Era Tréveris su residencia, pero murió en 25 de julio del año siguiente en la ciudad de York (Eboracum) en una campaña contra los pictos.

Fué nombrado César en su lugar su hijo Constantino que habia nacido en 274 en Nisa en la Mesia Alta de su primera mujer Elena. Contribuyó muy particularmente a su eleccion Croco rey de los alamanos que se hallaba a la sazón en el campamento como caudillo del contingente de su país, lo cual es otro indicio de la creciente influencia del elemento germánico en el ejército romano.

## CAPITULO VI

### DESDE LA DIVISION DEL IMPERIO POR DIOCLECIANO HASTA LA DIVISION HECHA POR TEODOSIO

Apenas se hubo encargado Constantino del mando (307-310) cuando se vió precisado a abandonar la Bretaña para acudir a la proteccion de la Galia, adonde eran impelidos por una parte los francos, y por otra los alamanos a atravesar la frontera, los unos del Bajo los otros del Alto Rhin para derramarse por el país. Hemos dicho impelidos porque en efecto el ansia del botin y el afan de guerrear no bastan a explicar que una y otra vez volviesen a la carga contra las legiones que hasta entonces casi constantemente les habian vencido. El empuje de aquellas innumerables muchedumbres era solo comparable con el de las olas del mar, que estrellándose mil veces contra las peñas, embisten siempre de nuevo con la misma fuerza monótona y constante, no llevadas por su voluntad, sino por un impulso superior. Cuando las fuerzas del imperio, que no podian renovarse como las de los bárbaros, no bastaron ya contra tan eternos adversarios, cedieron y las huestes germánicas abrieron brecha é inundaron para siempre el imperio despues de haber perdido millones de sus guerreros en la esclavitud y en los campos de batalla en el transcurso de cerca de cinco siglos de no interrumpidas tentativas.

Constantino parece haber tenido el presentimiento de la suerte final de la Galia de ser presa de los francos, porque no quiso seguir la política de sus predecesores que se servian de los bárbaros, ora como soldados, ora como trabajadores del campo, para restablecer el cultivo de las comarcas que ellos mismos habian asolado. Por este medio solo se conseguia aumentar la poblacion bárbara en el país que se queria proteger contra ella; pero mas que estas reflexiones dominó a Constantino el coraje que le causaban sus ataques y el rompimiento de todos los pactos de que acusaba a los germanos; y en su consecuencia determinóse a hacerles una guerra cruel de exterminio sin piedad, como la que habia hecho Germánico para vengar la derrota de Varo. Repetidas veces se quejan los autores romanos de las incesantes marchas, contramarchas y encuentros sangrientos que las campañas germánicas imponian a las tropas y las traian fatigadas y furiosas y de que el desprecio de los germanos a los mas solemnes pactos, su falacia y sus continuas irrupciones tenian exasperados a los generales y emperadores. Se comprenden estas quejas, y no puede negarse que en especial los francos rompian los pactos con los mas frívolos pretextos. Pero los romanos no tenian razon en creer que los bár-

baros renovaban la violacion de las fronteras por infidelidad a los tratados: era el impulso de la necesidad el que llevaba siempre a los germanos a atravesar el Rhin. Además con frecuencia los empleados romanos se negaban a cumplir las obligaciones contraídas por Roma y abusando de su poder suprimian las subvenciones en dinero y cereales destinadas a los bárbaros hambrientos y extrañados en el territorio fronterizo insuficiente para su poblacion, siendo por otro lado grandes los abusos y atentados que tenian que sufrir los llamados pueblos aliados ó convenidos de parte de los lugartenientes romanos. Nosotros sabemos las quejas de los romanos, pero ignoramos las que tuvieron los bárbaros.

Los francos parecian estar en continuo acecho para aprovechar la mas pequeña circunstancia favorable y echarse sobre las provincias romanas. Así es que apenas sabian que estaba Constantino léjos, cuando ya entraban en la Batavia. Los alamanos por su parte penetraron por el Alto Rhin; y no solamente estos pueblos sino hasta otros casi olvidados, como los vangiones y los cheruscus, se movieron mientras Constantino estaba ocupado en los años 308 y 309 en guerrear contra varios pretendientes al trono imperial. Pasadas estas circunstancias Constantino volvió a derrotar a los francos en Batavia, apoderándose de varios reyes ó caudillos suyos a quienes hizo morir en los tormentos mas horribles, y no en el calor de la pasion, sino con cálculo y sangre fria, para que sirvieran de ejemplo y escarmiento a los demás. Entre estas victimas de la política de venganza cita el autor panegirista a dos reyezuelos francos Ascarico y Gaiso; pero otro autor, Eutropio, dice que la misma suerte tuvieron tambien varios reyes alamanos. No explica, sin embargo, en qué consistieron estos tormentos excesivos; pero fuesen los que fuesen, al final debieron servir los culpables de pasto a las fieras.

Era, como se sabe, cristiano este emperador, pero como su fe no le detuvo para dar muerte a su propio hijo, a su esposa y faltando a los juramentos mas sagrados, tambien a su cuñado, amén de muchísimos otros parientes, menos debió de costarle decretar la muerte de los prisioneros enemigos, si sus tormentos podian servir de este modo para aterrar a los demás.

Háse llamado «un segundo Constantino» al posterior rey franco, el feroz y sanguinario merovingio Clodoveo; pero no llegó a verter la sangre de su mujer é hijo.

Parece que en lugar de intimidar estas crueldades a los germanos, solo excitaron su deseo de venganza. Los brúcteros, tubantes, chamavos, vangiones y alamanos unidos prepararon un ataque general. Constantino se adelantó y despues de explorar personalmente acompañado de solo dos hombres el territorio de los brúcteros al otro lado del Rhin, se echó súbitamente con sus fuerzas sobre este pueblo, antes de que pudiese salvarse en sus pantanos y selvas. Igual suerte tuvieron las huestes de los demás pueblos que estuvieron tambien por allí reunidos. Todos fueron sorprendidos y destruidos probablemente a favor de alguna estratagemata.

Grande fué la carnicería que hicieron los romanos en las masas enemigas; las aldeas fueron incendiadas, los niños llevados a la esclavitud, y los adultos a quienes Constantino no quiso ya admitir como soldados, ni vender como esclavos, sirvieron en las funciones del circo de Tréveris de pasto a las fieras que se cansaron de destrozar presas humanas. Los ganados que no podian ser llevados fueron tambien muertos por los soldados.

A pesar de que los panegiristas del emperador no muestran ninguna especie de remordimiento por estos hechos, no deja de percibirse en su elogio como un hábito de temor de una venganza de los pueblos sacrificados, los cuales en

efecto arrancaron despues la Galia y despedazaron el imperio. Véase cómo se expresa uno de estos panegiristas, que usa ya tambien los nombres de los países, en lugar del de la tribu ó raza. «Has castigado por su osadía a los reyezuelos de la Francia (del país ocupado por los francos), y no te has abstenido de hacerles sufrir los mayores tormentos, y no te has dejado imponer por el temor del odio y de la venganza inextinguibles de este pueblo; ni habia para qué tener consideraciones, tratándose de rebeldías que reclaman severo castigo; bien puede encargarse el emperador de las consecuencias de sus actos. Una benignidad demasiado escrupulosa conserva los enemigos y parece mas bien miedo que perdon. Tú, ¡oh Constantino! dices a esto: «que me odien cuanto quieran mis enemigos, con tal que tiemblen delante de mí.» El que trata de ganar el enemigo perdonándole, obra como prudente; pero aquel que aplasta a los furiosos es mas arrojado.

«Tú, oh César, has hecho renacer aquella antigua confianza de los romanos en su propia fuerza cuando sentenciaban a muerte a los jefes prisioneros del enemigo. Tú nos vuelves a la memoria aquella antigua costumbre en la celebracion de los triunfos de llevar a los reyes prisioneros que acompañaban el carro del triunfador hasta el foro y desde allí al calabozo donde eran muertos mientras el triunfador subia desde el foro al Capitolio. A esto debemos ahora la paz. No los torbellinos del Rhin, sino el terror de tu nombre es nuestro escudo. Que el Rhin se congele ó que se seque, no se atreverán ya los enemigos a pasarle sobre el hielo ó por la arena del vado. Tu arrojo no conoce obstáculos; solo la fama de tu fuerza es un muro inexpugnable. Ya saben los francos que pueden pasar el Rhin y que tú de buena gana los dejas pasar para buscar su perdicion; pero tambien saben que no tienen esperanza ni de vencer ni de encontrar compasion. Los tormentos sufridos por sus reyes les dicen lo que les aguarda. Tan léjos están de querer pasar el Rhin, que el puente que tú estás construyendo los llena de desesperacion.

«¿Dónde está ahora la fiera de los francos y dónde su traidora é inconstante movilidad? Ya no se atreven a establecerse, ni a grandes distancias de nuestras fronteras: ya no se creen seguros cuando apagan su sed en los rios mas apartados del imperio. Por nuestra parte observamos que los castillos distribuidos de trecho en trecho sirven a la frontera mas bien de adorno que de amparo; en aquella orilla cultiva ahora el labrador su campo sin ir armado, y nuestros rebaños se abrevan en toda la extension del rio bifurcado (Rhin). Esta es, oh Constantino, la victoria, siempre nueva, diaria, eterna que has logrado con la muerte de Ascarico y Regaiso; victoria mas preciosa que todos los combates anteriores. Las batallas se dan solo una vez, mientras que tu obra es un monumento perenne.

«El pueblo luego olvida su derrota y el número de sus muertos; pero se acuerda de la muerte de sus jefes, que viene a poner el sello a su derrota. Para abatir la ferocidad de los bárbaros no te has limitado a llenarlos de luto con la ejecucion de sus reyes, sino que has decretado la ruina de los brúcteros.

«Tu idea fué sorprenderlos de improviso con el ejército que pasó súbitamente a la otra orilla del Rhin, no porque dudases del éxito de una batalla campal que habria sido mas de tu gusto, sino para no dejar tiempo a aquel pueblo de refugiarse en las selvas y pantanos, con lo cual suele hacer ilusorias todas las campañas. Así se mataron innumerables enemigos, se hicieron muchos prisioneros, etc. etc.

«Esto llamo yo ¡oh emperador! fiarse de tu propia fuerza y fortuna, y en lugar de comprar la paz y la tranquilidad, obtener la victoria desafiando al enemigo.



»Y no contento con esto construyes como para mofa del pueblo tan duramente castigado, el puente de Colonia (en 308), á fin de que jamás se vea libre de temor, que tiemble siempre, y que siempre extienda suplicando sus brazos; aunque tú emprendes esta obra mas para gloria del imperio y para adorno del cordon fortificado de la frontera, que por poder pasar al país enemigo, al cual amenazan los buques armados y las legiones en toda la corriente del Rhin desde su origen hasta su embocadura. Solo á tí te parece bello, y lo es en verdad, que este rio quede dominado no solo en su parte superior donde los vados son muchos á causa de la poca profundidad de sus aguas y gran anchura de su lecho, sino tambien allí donde ya se ha incorporado los muchos afluentes y tributarios, que nuestro rio (el Mosela, porque el autor escribe en Tréveris), el Nekar bárbaro y el Mein vierten en él, cuando su ímpetu ya es colosal, y sus aguas necesitan dividirse en dos álveos distintos para poder pasar. La misma naturaleza se pone á tu servicio, ilustre Constantino, porque aquellos profundos torbellinos reciben sumisos las pesadas moles de las pilas del puente. Esta obra perdurable servirá siempre. Al principiaria se sometieron los enemigos solicitando la paz prosternados á tus plantas, ofreciendo los rehenes mas nobles; en la misma obra te sirven de trabajadores desde que la principiaste, y no cabe dudar de lo que harán cuando esté concluida.»

Otro panegirista llamado Nazario se explica de un modo análogo sobre el mismo tema:

«Tú has abierto tus campañas con una prenda de grandísimo valor, la captura de los reyes mas feroces, Ascarico y sus secuaces; con tu famosa sentencia de muerte, así como Hércules ahogó en la cuna las dos serpientes, tú has ahogado esos monstruos gemelos, esos reyes ferocísimos, al comenzar tu reinado. Los francos mas insolentes que los otros bárbaros habian llevado el fuego de su furor y de sus armas cuando ardian en empresas guerreras, al través del Océano hasta España; pero tu espada los ha derribado con tal fuerza, que habrian quedado aniquilados completamente si tú, con aquella inspiración divina que brilla en todas tus empresas, no hubieses querido guardar la gloria de su exterminio para tu hijo. Y sin embargo para gloria vuestra ha vuelto á crecer esta nacion tan prolífica, y háse robustecido tanto que dió ocasion á tu heróico hijo (Crispo) á alcanzar como extremo de su carrera una victoria colosal cuando estos bárbaros no humillados por la anterior derrota lucharon con nuevo brío. ¿A qué nombrar ahora á los brúcteros, ó á los chamavos (el autor no sabia que estos pueblos eran tambien francos, así como ignoraba que los vangiones y tubantes eran alamanos), á qué los cheruscos, vangiones, alamanos y tubantes? Estos nombres suenan como el estrépito de la guerra; su áspero sonido se asemeja á su bárbara ferocidad. Todos estos pueblos se habian levantado uno á uno y despues juntos y conjurados; pero el único temor, oh emperador, que tenias era que ellos te temiesen demasiado y no se atreviesen á presentarte la cara. Tú vas en busca de ellos, tú depones todos los distintivos de tu categoría y te aproximas á ellos acompañado únicamente de dos confidentes; hablas con ellos, les das esperanza, explotas su credulidad, y les ocultas tu proximidad. ¡Oh bárbaros que no supisteis conocer en aquella faz los rasgos del soberano, que no supisteis conocer que Constantino se hallaba presente entre vosotros, cuando él con la seguridad del héroe, estaba al alcance de vuestros dardos!»

En celebracion de estas victorias instituyéronse fiestas y juegos anuales llamados *francos* que debian durar desde el 14 hasta el 20 de julio.

Pero ni la crueldad, ni las grandes pérdidas de hombres,

ni la construccion del puente de Colonia intimidaron por mucho tiempo á los francos que ya en el año 310 volvieron á levantarse en armas apenas supieron que Constantino se habia alejado por haber hecho necesaria su presencia en Masalia (Marsella) nuevos disturbios; pero antes de lo que los bárbaros pensaban volvió á estar en la frontera del Rhin, bastando su presencia para que se dispersaran á toda prisa, por cuyo resultado el emperador dió entonces todavía gracias á Apolo; pero poco tiempo despues introdujo como enseña guerrera en su ejército el lábaro, es decir la cruz con el monograma de Jesus.

El mismo adulador cortesano que hemos citado se ve forzado á confesar, aunque con repugnancia, que con tan crueles escarmientos no quedaron ni asegurada la frontera ni abatido el valor de los francos, porque cuenta que el emperador al ir á Italia para combatir á Magencio hubo de dejar las tres cuartas partes de sus fuerzas terrestres y fluviales repartidas á lo largo del Rhin para proteger esta frontera, bien que no se descuida de añadir: «¿Para qué necesitaba el Rhin las tropas escalonadas y los buques cuando el miedo de tu bravura era el mejor cerrojo para los bárbaros?» El emperador opinaba de otra manera que su panegirista, y con razon, porque los sucesos enseñaron luego que estas fuerzas no detenian á los germanos, de los cuales sin embargo se llevaba gran número en su marcha á Italia contra el citado Magencio. Aduladores y autores serios, todos convienen con asombro en que aquellos germanos á quienes querian suponer exterminados volvieron á presentarse robustos y numerosos en cortísimo plazo aun despues de las pérdidas mas enormes.

Pocos años despues, en 313, recibió el emperador en Italia la noticia de que el pueblo francés, inconstante y pérfido habia faltado á la fidelidad jurada y acaudillado por hábiles jefes amenazaba con numerosas fuerzas y grandísimo arrojo el Rhin y la Galia. Al momento acudió y preparó una celada á los bárbaros «tan semejantes á estúpidas é indomables fieras,» que como otras veces siguieron sus ciegos instintos y cayeron en la trampa. Fingió necesitar todas las tropas en el alto Rhin y dejó en apariencia sin defensa la parte baja del rio, pero en realidad con buenas tropas en posiciones bien cubiertas y mandadas por buenos generales, que en el momento oportuno cayeron sobre los invasores mientras á su espalda se presentó el mismo emperador que con su ejército habia bajado en la escuadra de guerra por el Rhin. Constantino mandó desembarcar en la orilla derecha varias columnas volantes que devastaron todas las comarcas de los bárbaros, los cuales encerrados así entre dos ejércitos, sufrieron tan gran matanza, que el autor se congratula de que de sus resultados apenas quedará del pérfido pueblo mas que el nombre. «Venid, dice, vosotros pueblos bárbaros, si teneis ganas; precipitaos al fatal ataque; delante de vosotros teneis el ejemplo. Nuestro emperador acepta los servicios de los reyes amigos; el temor y el respeto aumentan la fama de su victoria; pero tambien se alegra cuando se le reta, porque así puede aumentar la gloria de su heroísmo.» Muchos bárbaros se habian dado mutuamente muerte para librarse de la esclavitud y del triste destino de ser pasto de las fieras del circo, suerte que indudablemente sufrieron tambien esta vez muchos, segun se desprende de las palabras siguientes del apologista: «¿Hay cosa mas bella que este triunfo que sabe hacer servir la matanza de los enemigos para nuestra diversion, que aplica los bárbaros que quedaron de la derrota al mayor esplendor de las funciones y diver-



Moneda de oro de Constantino que representa la Alemania cautiva y de luto, con la legenda GAVDIUM ROMANO-RVM.

siones públicas arrojando tan grande número de prisioneros á las fieras que los ingratos y falsos padecen mas al verse en situacion tan vergonzosa que al recibir la muerte? Para eludir esta vergüenza apresúranse á buscar la muerte que de todos modos los aguarda, matándose á sí mismos. ¡Famoso es haber vencido hombres que en tan poco tienen su vida!»

Los romanos no sabian explicarse el desprecio de la muerte con que los germanos se arrojaban sobre las espadas del enemigo ó sobre las suyas propias, sino por la consideracion de la triste y miserable vida que llevaban, mientras no era sino la lógica consecuencia del innato valor y de la creencia en los placeres del Valhallá en el otro mundo. Son instructivas las palabras del panegirista cuando dice que entre todos los bárbaros enemigos de Roma los mas difíciles de vencer eran los francos.

Cuando Constantino en la guerra civil venció á las legiones de Magencio, dice el panegirista cantando las glorias de aquella campaña de romanos contra romanos: «Es fácil vencer á afeminados cobardes como los producen la amable Grecia y el Oriente voluptuoso, á los cuales incomoda hasta la ligerísima ropa con que se cubren, que se quejan de los pliegues de la seda que llevan para no exponer su cuerpo á los ardores del sol, y que olvidando lo que vale la libertad, al menor peligro solicitan ser esclavos; pero ¡cuán difícil es en cambio vencer á soldados romanos, que obedecen sumisos á la disciplina y al juramento solemne hecho sobre las enseñas militares, ó al feroz franco que solo vive de la caza, y tiene su vida en poco á causa de la miseria! Y sin embargo, has logrado, oh emperador, ambas clases de victorias recientemente en Italia y á la vista de los bárbaros!»

El autor anónimo de este panegirico era galo y se excusa de no poder igualar á los romanos en talento, elocuencia y lenguaje castizo, cosa que en ellos son innatas, dice, mientras los galos lo han de aprender artificialmente. Esto no obstante, sabe muy bien adular, como cuando dice que habiendo acudido el emperador desde Albulá, pueblo toscano, extenderá sin duda el imperio hasta el Albis (el rio Elba), pues que la semejanza de ambos nombres aparece ya un augurio profético. Es de creer que el emperador á fuer de hombre de talento pensara de otra manera.

Adoptó á consecuencia de sus victorias el sobrenombre de Fráncico, y pasó el resto del año 313 en Tréveris donde fechó diferentes decretos en los meses de noviembre y diciembre. La situacion de esta ciudad hermoseada con magníficos edificios, permitia acudir á todos los puntos amenazados con la mayor presteza y eficacia, ya fuese al Alto ya al Bajo Rhin, ya al interior de la Germania ó de la misma Galia, por cuya razon la habian elegido los emperadores todos de aquella época constantemente por cuartel general cuando residian en la provincia gala.

En el año 314 ocurrió la primera guerra de Constantino con el único co-emperador que habia quedado, Licinio su cuñado. Pronto hicieron la paz renunciando Licinio á la Nórica, Iliria, ambas Panonias, la Mesia Alta, la Dardania y Grecia, quedándose en Europa solamente con la Escitia Menor hoy la Dobrudya, la Tracia, hoy la Bulgaria, y la Rumelia. Constantino, con este ensanche de su dominio, encargó despues la defensa del Rhin á su hijo Crispo, jóven de diez y ocho años y nombrado César en 1.º de marzo de 317. De los escritos laudatorios solo se desprende que Crispo recorrió grandes distancias en una campaña de invierno que hizo contra los francos, á quienes las victorias de su padre no habian aniquilado y que se presentaban rápidamente robustecidos y mas soberbios que nunca. Crispo primero contuvo sus correrías, despues les siguió y por últi-

mo les venció. «El mundo bárbaro extendiase entonces á lo largo de la Galia, y diseminado en su interior,» dice el panegirista Publio Porfirio Optaciano, que celebra tambien victorias alcanzadas á orillas del Ródano, probablemente sobre alamanos, conforme se desprende tambien de monedas de aquel tiempo. Los contingentes de los pueblos vencidos sirvieron desde entonces al gobierno imperial y defendieron su territorio en la frontera contra otros bárbaros; bien que el autor citado expresa el temor de que el mundo bárbaro derrotado por las armas victoriosas romanas pudiera volver á moverse, por cuya razon suplica á Constantino que prohiba á su hijo exponer su vida en los combates como habia hecho el padre.

A Crispo siguió en el mando de la Galia un hermano suyo que se llamaba como su padre Constantino, pero las monedas conmemorativas de las victorias sobre los alamanos son del tiempo de Crispo y solo mencionan á su hermano por haber tomado parte en la campaña que dirigió el otro.

El emperador tuvo entre tanto que rechazar á los bárbaros que inquietaban sus nuevos dominios en la cuenca danubiana, y sobre todo á los sármatas á quienes venció en la Panonia y la Mesia en los años 319 hasta 321, con su rey Rausimuto que murió en la retirada y cuyo nombre parece tener origen germánico.

En 322 volvió á encenderse la guerra con los godos que habian permanecido quietos casi medio siglo mediante los subsidios que los autores prácticos y no aduladores de aquel tiempo calificaban ya simplemente de servidumbre y de tributo que Roma pagaba á los bárbaros. Constantino se negó á pagar estos subsidios en cereales y dinero y de ahí el levantamiento de los hambrientos godos que á favor de aquel tributo y del país puesto á su disposicion, es decir, la Dacia, tan cultivada y cuya superficie llegaba á unos 225,000 kilómetros cuadrados, se habian multiplicado de una manera asombrosa.

Eusebio, el servil panegirista del emperador, dice que la sumision de los bárbaros fué incompleta, que se aplacó al enemigo con embajadas hábiles; que el emperador habia llevado el lábaro al combate confiando en el Dios de los cristianos, y que despues de la victoria habia sacado á los bárbaros de su vida salvaje para introducirlos en otra algo mas civilizada. Un siglo despues, por el año 440, ya habia adquirido esta victoria las proporciones de un milagro que con todos sus detalles mas insignificantes explica un tal Sócrates diciendo que los godos al ver el milagro que obraba la cruz se convirtieron en totalidad. De los versos del citado Optaciano, correspondientes al año 326, si algo merece tomarse de tan necio fárrago, se desprende que en aquella guerra lucharon juntos godos y sármatas; y entre los vencidos cita á sármatas y getas, además de francos y medos (!); y como disputadas, sitiadas, ganadas y recuperadas entre sármatas y romanos las ciudades de Campona, cerca de Ofen, Margo cerca de Semendria á orillas del Morava mayor, y Bononia cerca de Neusatz.

En memoria de estas victorias instituyéronse, sea entonces, sea concluidas las campañas de 328 y 332 los juegos góticos que debian celebrarse desde el 4 al 9 de febrero, y se acuñaron monedas que en su reverso representan una victoria goda.

Como en esta campaña era inevitable para Constantino pasar por comarcas que formaban parte del dominio de Licinio, dió esto el deseado pretexto al emperador para acabar de una vez con aquel competidor, doblemente odiado por ser enemigo del cristianismo, y porque el carácter de Constantino no le permitia vivir en paz con nadie. Llegaron pues á las armas; Licinio salió vencido y se rindió, sabiendo



que su contrario había jurado á su hermana Constancia no atentar á la vida de su esposo. Sin embargo, le hizo estrangular poco tiempo despues, y á los dos años de este asesinato mandó matar tambien á su propio hijo Crispo, jóven valiente y amado del ejército. A estas víctimas vino á añadirse Fausta, su esposa, á quien mandó ahogar en un baño de agua hirviendo y luego otros «muchos amigos.»

En la guerra contra Licinio habíase distinguido mucho un tal Bonito, candillo de las tropas mercenarias francas y godas que habían auxiliado al emperador en sus campañas desde que habían pactado con él la paz y alianza. Jordanis calcula sus contingentes al mando inmediato de un tal Alicuaca enviado de los reyes Ararico y Aorico (obsérvese la paronomasia) en 40,000 hombres, número probablemente exagerado; pero en su tiempo, en el año 553, existían todavía estos cuerpos auxiliares godos bajo el nombre de federados en el imperio de Oriente. Véase cómo se expresa respecto de la época de que se trata. «Hacia ya mucho tiempo que los ejércitos romanos no podían prescindir del auxilio de los godos en sus guerras contra otros pueblos, y es sabido cuán frecuentemente se los invitó á enviar contingentes. Así se los solicitó tambien reinando Constantino; combatieron por él contra Licinio á quien vencieron, y destronado fué llevado prisionero á Tesalónica, donde le mataron con la espada del vencedor Constantino. Tambien cooperaron á la fundacion de la famosísima ciudad, la rival de Roma, que lleva el nombre del emperador su fundador (Constantinopla). Estos godos hicieron un convenio con Constantino en cumplimiento del cual le auxiliaron con 40,000 combatientes (antes se leía en lugar de XL (40) XI (once mil) que pelearon con diferentes pueblos.»

En la misma época era rey de los tervingos ó visigodos Rotestes, padre de Atanarico, hombre de gran influencia á juzgar por el empeño que tuvo Constantino en halagarle y tenerle contento hasta erigirle una estatua en su nueva capital detrás de la Curia (Ayuntamiento) y que existía todavía en tiempo de Temistio.

Así principió la introduccion de los germanos en el servicio de Roma, la influencia de sus reyes y caudillos, la distincion de que fueron objeto y su papel de indispensables en la suerte del imperio. Cabalmente en el reinado de Constantino adquirió el empleo de estos bárbaros para diferentes cargos públicos, en especial militares, tan fuerte y súbito desarrollo, que Juliano, llamado el «último romano» reconvinó en 361 á este emperador en lenguaje violento el haber abierto á los bárbaros el camino de los honores é influencia en el destino del imperio y el haber llegado á conceder la dignidad de cónsul á un franco. Los panegiristas de Constantino dan á los hechos un giro mas inocente y halagüeño, diciendo que con esto no tenía otra mira sino ir civilizando á los bárbaros; mientras que el clero de su tiempo ve en el mismo hecho con gran satisfaccion solo la conversion de paganos.

Ninguno vió al parecer el reverso de la medalla, á saber: la rápida barbarizacion del imperio y su creciente dependencia del elemento germánico. Una generacion mas, y el mal estaba manifesto á los ojos de todos, llenando los ánimos de dolor, de ira y de vergüenza; pero todos los esfuerzos para combatirlo eran ya impotentes.

La paz celebrada con los godos (no con todos) en 323 solo fué observada por aquellos que la habían pactado, no por los demás; de suerte que hubo como de costumbre germanos que en el servicio de Roma combatieron contra tribus y pueblos de su raza. Así sucedió en 328, año en que hubo una campaña contra los godos motivada por el establecimiento de un puente sobre el Danubio, hecho que cele-

brar monedas de aquel año, y otras que se suponen hechas en el mismo conmemoran una victoria sobre los bárbaros. Esta victoria no tuvo resultados duraderos, pues en 332 hubo una nueva campaña principal contra ellos. Con los subsidios de Roma y la posesion de la Dacia habían tenido un gran incremento los godos; y si bien evitaban invadir el territorio del imperio, dirigieron sus armas contra otros pueblos vecinos y pusieron en grandísimo aprieto á un pueblo sármata del lado de Oriente. Este pueblo acudió al emperador impetrando su auxilio. Constantino, que veía ya con malos ojos el aumento de fuerza de la gente goda y buscaba un pretexto para combatirla, encargó al jóven Constantino, hijo de su segundo matrimonio, y nombrado César desde el año 317, el castigo de los godos, encargo que el jóven desempeñó con mucho éxito alcanzando sobre ellos una señalada ventaja en 20 de abril de 332. Esta ventaja sin embargo no puede llamarse victoria, porque las armas de que se valió fueron el hambre y el frio, que segun se dice causaron la muerte de 100,000 godos. El emperador se hallaba durante esta campaña en Marcianopolis, situada en la frontera militar de la Mesia Segunda ó Baja; en cuya plaza fechó varios decretos, segun se ve en el código teodosiano.

A lado de los godos debieron de combatir taifales, porque Zósimo, autor nada favorable al emperador cristiano, dice que 500 jinetes de estos penetraron una vez en el año 332 en territorio del imperio causando grandes pérdidas á las tropas del emperador (quizá á su escolta), obligándole á huir y devastando tras él impunemente el país hasta cerca de las fortificaciones, que por no nombrarlas el autor no sabemos cuáles eran, si del campamento, de Marcianopolis ú otras.

Hízose la paz que valió al emperador la «ilimitada gratitud de los bárbaros» segun dice Eutropio, porque les volvió á conceder los subsidios que naturalmente se habían suspendido, en cambio de lo cual los godos reconocieron en el territorio de la Dacia la soberanía de Roma.

Mucho y con ninguna razon han criticado los historiadores, siguiendo al enemigo del emperador, Zósimo, la fundacion de una segunda capital del imperio, pues que los sucesos han probado que el mayor peligro amenazaba cabalmente por aquel lado, y que gracias á la ereccion de aquella ciudad y á su situacion incomparable, pudo sobrevivir la parte oriental del imperio á la occidental cerca de mil años. Las provincias occidentales se perdieron con sus emperadores particulares que residían en Italia, mientras la parte oriental continuó pujante. Además no fué Constantino el primer emperador que tuvo esta idea, aunque fué el primero que la realizó, porque un siglo antes había formado este mismo plan Pescenio Niger, el competidor de Septimio Severo. Maskou dice que «ojalá pudiese descargarse la memoria de Constantino de otras culpas, tan fácilmente como de esta;» ni tiene tampoco fundamento la acusacion de Zósimo de que descuidó la proteccion de las fronteras.

De los cambios mas radicales introducidos en el gobierno del imperio por Diocleciano y Constantino mencionaremos aquí la division de todo el territorio en cuatro grandes circunscripciones administrativas bajo el mando de otros tantos prefectos del pretorio; á saber: dos orientales y dos occidentales; las primeras eran la llamada especialmente oriental y la ilírica; y las segundas una que comprendía la Italia con sus islas de Sicilia, Cerdeña y Córcega, un pedazo de la provincia ilírica y el Africa romana hasta Cirene; y la otra que abrazaba las Galias con Tréveris por centro administrativo, y además, la España y las islas británicas. Estas dos grandes circunscripciones occidentales se subdividían cada

una en dos grandes provincias; la primera la Italia propiamente dicha, la Iliria y el Africa, y la segunda la España, Galia y Bretaña, cada una gobernada por un viceprefecto ó vicario; de los cuales dependían los cónsules y gobernadores de las provincias.

La autoridad superior militar que antes tenían los prefectos y *duces* ó sea jefes ó caudillos, quedó encargada á generales de infantería y de caballería (*magistri militum, peditum y equitum*). Finalmente conviene citar la creacion de una nueva dignidad, la del patriciado, que venía en categoría inmediatamente despues del consulado y se reducía á un mero título honorífico al estilo del nuestro Escelencia, que se concedía ocasionalmente hasta á caudillos germánicos cuyo rango no queria definirse claramente, como á Teodorico el Grande y á diferentes reyes ó jefes de los borgoñones.

Muerto Constantino I en 22 de mayo de 337 quedóse su hijo Constante con la parte oriental del imperio y dió á su hermano Constantino II la occidental. De este existen un edicto relativo á los decuriones fechado en Tréveris é incluido en el Código Teodosiano, y una epístola dirigida á los alejandrinos recomendándoles á San Atanasio.

Murió Constantino II en 340 en un ataque á Aquileya en la guerra contra su hermano Constante, á consecuencia de lo cual este último reunió en sus manos todas las provincias occidentales del imperio, incluidas la Macedonia y la Acaya, quedándose su otro hermano Constancio con el Oriente.

Al año siguiente, en 341, tuvo Constante guerra con los francos y acaso tambien con alamanos que habían penetrado en el territorio del imperio, haciéndose la paz despues de varias vicisitudes adversas y favorables en 342 ó 343. Del panegirico de Libanio en honor de ambos hermanos, resulta que los francos eran tambien entonces enemigos muy temibles para los romanos, particularmente por sus piraterías. Véase cómo se expresa respecto de ellos este autor:

«Consideran la inactividad de la paz como la mayor de las desgracias, y el combate como la mayor de las dichas, tanto que aunque heridos y mutilados continúan peleando con los miembros que les quedan sanos. Victoriosos, persiguen al enemigo sin descanso, y vencidos vuelven á atacar apenas se han podido salvar por la huida. No dan descanso alguno al contrario, y en frente de ellos se ha de comer espada en mano, y dormir con el yelmo en la cabeza. Como en el mar embravecido se rompen las olas contra los diques sucediéndose sin cesar y no descansando hasta restablecerse la calma despues de la tempestad, así repiten los francos sus embestidas cuando la sed del combate ha excitado su furor demente.»

A esta descripcion exacta del empuje de los francos nada podemos añadir, sino que es el furor de matanza personificado en el espíritu maligno de las selvas, el dios Votan de los germanos (1).

Constante murió asesinado en 18 de enero de 380. Su asesino Magnencio, jefe de los jovianos y herculanos, fué tambien su sucesor. Juliano dice que era hijo de un prisionero de la tribu de los letos á quien su predecesor había llevado á la Galia, y despues de darle la libertad, le había alistado en el ejército contra los bárbaros. Siendo de raza franca ó sajona al parecer, debió entonces de tomar su nombre latino como su hermano Decencio, pues que no se le conoce otro. Supo distinguirse tanto en el servicio, que se le dió no solamente el mando sobre cuerpos de caballería germánica, española y gala, sino tambien sobre infantería auxi-

(1) El culto y religion de los salvajes suele reducirse á la creencia en un poder maligno que daña, el principio del mal, de la adversidad y de la matanza.

liar legionaria. Una vez emperador, llamó á su servicio para sostenerse en el trono á grandes masas de sus compatriotas, entre los cuales se citan especialmente francos y sajones, que por supuesto acudieron inmediatamente á su llamamiento. Con estos refuerzos pudo efectivamente apoderarse de Italia, desde donde quiso arreglarse con Constancio; pero éste rechazó sus proposiciones y le derrotó cerca de Siscia, hoy



Moneda de plata de Constante, hijo de Constantino el Grande. El emperador tiene el lábaro con el monograma de Cristo en la mano. SIS significa Sáscia, ciudad donde fué acuñada.

Sissek, en la confluencia del Culpa y el Save, y cerca de Mursa, próxima á Essek, en 28 de setiembre de 351; en cuyas batallas defendiéronse heroicamente los mercenarios germánicos prefiriendo la muerte á la huida. Había facilitado mucho la victoria la desercion de un jefe franco, cuyo nombre romano era Silvano, hijo de aquel otro jefe franco Bonito, y que era muy adicto y fiel á la causa imperial. En la misma Galia hubo deserciones análogas; porque Constancio ganó á su partido con abundantes gratificaciones á los feroces y gentilicos alamanos que acaudillados por Cuodomaro derrotaron en batalla campal á Decencio hermano del usurpador, tomando en seguida muchas ciudades opulentas que saquearon y destruyeron por su cuenta propia, esparciéndose despues por toda la Galia sin encontrar resistencia y dejando á su paso solo ruinas y desgracias sin cuento. Tal fué la suerte que decretó un «emperador á una de las provincias mas importantes del imperio, solo para castigar al hermano de un usurpador. Los germanos habían llegado á ser el recurso, protector y destructor á la vez, del imperio.

Mientras los alamanos y las tropas romanas devastaban una parte de la Galia con el consentimiento del emperador, no estaban inactivas las huestes francas en el Norte, las cuales asolaron el país ó por su cuenta ó pretextando permiso del emperador, si es que no tuvieron orden directa ó indirecta de Constancio.

Magnencio al verse perdido y abandonado, se suicidó en Lion, y lo mismo hizo poco despues su hermano en el año 353. Véase cómo Zósimo caracteriza á este primer emperador de raza germánica, ó segundo si Maximiano había sido tambien de la misma raza en lugar de ser de otra stirpe: «Hijo de bárbaros, había vivido entre los letos en la Galia é instruídose en el saber romano; atrevido en la fortuna, tímido en la desgracia, era maestro en ocultar su protervia innata hasta parecer llano y bonachon á todos los que no conocían su indole y vida.»

Una vez aniquilados sus dos contrarios, y dueño único del imperio del mundo, hubo Constancio de tratar ante todo de echar del país á los alamanos á quienes él mismo había llamado y á los francos cuya entrada no había podido impedir; y naturalmente, para ello tuvo necesidad de acudir á las armas. Encargó pues á Silvano la defensa del Bajo Rhin contra sus propios compatriotas, mientras él, tan luego como la estacion primaveral del año 354 permitió hacer la guerra en la Germania, se dirigió desde Arlés, donde se hallaba, á